

Bonaparte conoció desde luego que el buen éxito de su expedición estribaba en abatir el poder de los mamelucos, enemigos de los franceses, mostrándose, sin embargo, respe-

tuoso con la Puerta, antigua aliada de Francia, en prodigar halagos á los jeques, alucinándolos con la esperanza de que restablecería en su antiguo esplendor el nombre árabe en su antiguo estado? Además de esto, también nos dirán que la Europa entera debe tener parte en el comercio de la India, porque no es justo que la Gran Bretaña se abrogue á sí sola todo el comercio de este país.

El poder de los franceses en la India ha decaído visiblemente desde la guerra de 1756; su compañía se halla en el último grado de decadencia: se les ha quitado frecuentemente sus escalas y factorías, y hasta ahora no poseían ni un solo pie de terreno en ninguna parte del Indostan. Su influencia está enteramente arruinada en este país desde nuestro tratado de subsidio con el Nizam, y de nuestra conquista del reino de Tippoo. Estos trastornos no han sido obra de un solo día, pues han tenido su principio, su crisis y su complemento.

Los ministros de la antigua monarquía francesa vieron con sentimiento los sucesos rápidos de los ingleses, y la decadencia de su poder nacional en la India, lo que escitó su destreza y astucia políticas; y como no podían esperar nada de sus esfuerzos marítimos, vista la inferioridad de sus escuadras, intentaron descubrir algún otro medio para poder disfrutar de una porción considerable del comercio de la India. Vieron este recurso en la posesión del Egipto, y consiguieron en consecuencia un plano de este país, que fué ordenado por los ministros de Luis XVI.

Si es verdad que la posesión del Egipto por los franceses, es en este momento, ó puede ser en lo sucesivo, un objeto de celos para nuestro gobierno y para la compañía de la India, no queda que examinar si convendría aguardar á la conclusión de una paz general ó valerse de la ocasión de nuestro estado de hostilidad, que nos suministra grandes recursos, para espulsar definitivamente á este peligroso y audaz enemigo. Esta espulsión debe practicarse prontamente, y el único medio de conseguirlo es no aguardando á la dilatada conclusión de las negociaciones, que no pueden principiar sino hasta el fin de la guerra. Si en esta época el Egipto subsiste aún bajo el dominio francés, se tratará sin duda de saber si debe restituirse al Gran Señor, ó permanecer como provincia sometida á la Francia; y esta discusión, que abrirá la puerta á un sinnúmero de pretensiones, todas dirigidas al perjuicio de la Gran Bretaña? La sublime política de los negociadores franceses no dejaría de manifestar por medio de intrigas secretas y observaciones insidiosas, las superiores ventajas, que no solamente la Francia, mas también la España, la Alemania y la Italia conseguirían del comercio de la India si se le hacia tomar su antiguo curso.

Siendo incontestablemente favorable á los proyectos de los franceses el abrir un nuevo camino para el comercio de la India por el Egipto, ¿podemos nosotros contar con que los gabinetes extranjeros interpondrán su influencia en nuestro favor con perjuicio de sus propios intereses? ¿Dejarían de observar que la Inglaterra debe estar obligada á restituir cuanto ha tomado durante la guerra, antes de ser admitida á pedir conforme á sus intereses que el Egipto se restablezca

tuoso con la Puerta, antigua aliada de Francia, en prodigar halagos á los jeques, alucinándolos con la esperanza de que restablecería en su antiguo esplendor el nombre árabe en su antiguo estado? Además de esto, también nos dirán que la Europa entera debe tener parte en el comercio de la India, porque no es justo que la Gran Bretaña se abrogue á sí sola todo el comercio de este país.

Tales son los argumentos que nos hará la Francia; y como el siglo actual es un siglo de cálculo y de política comercial, es de temer que estos discursos pesen extraordinariamente contra nosotros. El comercio de la India es el eje sobre el cual los comerciantes de todos los países giran sus especulaciones futuras. Esta idea domina tanto sobre el continente como en Inglaterra, y se mira como el único recurso que puede reparar las terribles pérdidas que han sufrido muchos individuos en una guerra dilatada y costosa. La Francia particularmente, privada de todo comercio por la pérdida de sus establecimientos coloniales, y degradada en su carácter como nación, no tiene otros recursos para volver á ganar la opinión del género humano y hacer á sus súbditos felices, que reanimar el comercio, inspirar el gusto á las empresas nuevas y abrir un nuevo campo á la fortuna. Examinemos, dice el pueblo francés, de qué modo las naciones de la Europa pueden disfrutar su cuota natural del comercio del mismo, y particularmente del de la India, que es tan considerable y lucrativo para los habitantes de las costas occidentales de la España, Francia, Portugal, los Países-Bajos, Hamburgo, Dinamarca, Suecia, Rusia y la Gran Bretaña.

La publicación de estos proyectos y de otros muchos que se podrían insinuar, tendrían sin duda una influencia superior sobre las otras naciones; y si se deja á los franceses en la posesión del Egipto después de concluida la guerra, pagarán tal vez las opiniones mas peligrosas y las presentarán bajo los seductores coloridos de que sus discursos son tan susceptibles.

El orgullo de los otomanos, ofendido por la pérdida del Egipto, no hará gran impresión; y sus pretensiones serán despreciadas enteramente: en primer lugar, por razón del interés general de la Europa, y en segundo, por la esperanza de los beneficios que el comercio libre de la India suministrará probablemente á cada nación en particular.

El peligro mas temible para nosotros es la conducta que Bonaparte sigue en Francia. Con bastante experiencia para evitar detestables sistemas, que han inundado la patria de sangre y miseria, que han destruido toda la confianza y ocasionado tantas revoluciones, este general pondrá probablemente á establecer y consolidar su gobierno por medios mas dulces y mas eficaces que los que emplearon sus predecesores.

Los legisladores de los países comerciantes podrían por medio de reglamentos sabios y saludables en favor de los negociantes, particularmente extranjeros, ofrecer condiciones ventajosas que empeñasen á los hombres laboriosos á sacar

be, y en respetar los bienes, las personas, las mujeres, la religion; conducta inusitada entre los conquistadores de aquella parte del globo. Proclamó, pues, en estilo de forma oriental que Francia queria poner coto á las piraterías de los beyes; que sabia rendir homenaje mejor que los mamelucos á Mahoma

de su propio país capitales suficientes para entregarse á un comercio sostenido y activo.

Sería menester desconcertar estos proyectos ambiciosos, á lo menos en todo lo que puede disminuir la prosperidad de la Gran Bretaña, y esto ha de ser antes que se principien á efectuar, porque de otro modo seria imposible. Ya no es tiempo de dormirse sobre los peligros; la Europa está en vela; seamos vigilantes.

No trato de analizar estas circunstancias, sino para hacer conocer la impolítica que seria permitir que se suscitase alguna discusión sobre el Egipto, en caso de formarse algún congreso para establecer la paz general. Es menester esperar que se terminen todas las disputas que podrán suscitarse por nuestra posesion de la India y del Cabo de Buena Esperanza; pero se debe tocar muy delicadamente esta cuestion muy importante y delicada, para impedir cuanto sea posible los celos y la envidia de las naciones extranjeras, principalmente la de Rusia, cuya situación, recursos, poblacion é industria, unidos al carácter activo del emperador, podrían en muy poco tiempo dirigir un golpe terrible á los intereses de la Gran Bretaña en la India.

La esclusión de los franceses del Egipto y de las costas del mar Rojo, y el restablecimiento del antiguo gobierno de los beyes, al cual pueda ser sustituya el de los árabes, son objetos muy importantes para admitir algún plazo.

Sin procurar disminuir el mérito del señor Sidney Smith, cuyas acciones son dignas de los mayores elogios, os deo examinar si las negociaciones actuales de este comandante con la Puerta, tendrían mucho que hacer para arrojar á los franceses de la sola posición donde pueden sernos temibles, y amenazar la firmeza ó estabilidad de nuestras posesiones de la India. No se puede cambiar en un instante el carácter de una nación, y el señor Smith, con toda la energía que le caracteriza, no podrá jamás inspirar sentimientos como los suyos á un pueblo que ha perdido sus virtudes militares, y cuyas divisiones se hallan mantenidas por un gobierno dominado por la ambición y la tiranía, y que no puede contar para su defensa sino con aliados poco seguros, ó vasallos que no tienen mas que el nombre de tales. Nosotros no podemos, pues, fundar ninguna esperanza en los turcos, ni debemos contar con el buen éxito que pueden tener éstos, si se les deja continuar la guerra sin socorros efectivos por nuestra parte. Es menester arrojar á los franceses del Egipto, y que el gobierno británico se restablezca en esta provincia; y para esto es necesario atacarlos por la India.

No perdamos de vista los proyectos que uno de los mayores talentos del mundo, el inmortal Alburquerque, habia formado sobre el mar Rojo. Este grande hombre era de sentir que no seria

HISTORIA.—41.

y al Coran, y añadía por fin estas palabras: "Nosotros los franceses somos verdaderos musulmanes, y así, hemos destruido el poder del Papa, que proclamaba la guerra contra ellos, y el de los caballeros de Malta que creían que Dios les mandaba hostilizar á los musulmanes [1]."

un sacrificio superior para asegurar á Portugal el comercio de la India, el hacer que el Egipto no entrase en el número de las naciones.

Cualesquiera que sean las máximas que se adopten para hacer venir socorros de la India, es preciso observar que los vientos que soplan en el mar Rojo no permitirán dejar la costa de Malabar hasta mediados de Agosto.

TAYLOR.  
(Nota del traductor).

[1] Vamos á insertar en esta nota la proclama de Bonaparte á los soldados franceses á su llegada á Alejandria, porque es un documento que da á conocer el verdadero carácter de aquel conquistador.

#### LLEGADA A EGIPTO.

A bordó del *Oriente*, 12 mesidor, año VI (30 de Junio de 1798).

#### PROCLAMA.

##### Soldados:

Vais á emprender una conquista cuyos efectos sobre la civilización y sobre el comercio del mundo son incalculables. Daréis á Inglaterra el golpe mas seguro y mas sensible, mientras tanto que podeis darle el golpe de muerte.

Haremos algunas marchas fatigosas; entraremos en muchos combates; saldremos bien de todas nuestras empresas; los destinos nos protejen. Los beyes mamelucos que favorecen exclusivamente el comercio inglés, que han llenado de afrentas á nuestros negociantes, y que tiranizan á los habitantes desgraciados de las orillas del Nilo, dejarán de existir á los pocos dias de nuestra llegada.

Los pueblos con quienes vamos á vivir son mahometanos; su primer artículo de fe es este: "No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta." No les contradigais; conducios con ellos como nos hemos conducido con los judíos y con los italianos; respetad á sus mufies y á sus imanes como habeis respetado á los rabinos y á los obispos; observad con las ceremonias que prescribe el Coran y con las mezquitas, la misma tolerancia que habeis observado con los conventos, con las sinagogas, con la religion de Moisés y con la de Jesucristo.

Las legiones romanas protegían todas las religiones. Hallaréis aquí costumbres diferentes de las de Europa; es preciso acostumbraros á ellas.

Los pueblos donde vamos á entrar tratan á las mujeres de diferente modo que nosotros; pero en todos los países el violador es un monstruo.

El pillaje no enriquece sino á un pequeño número; nos deshonra, destruye nuestros recursos

Por consiguiente, ningún cambio hizo en Alejandría, contentándose con establecer una municipalidad, nombrar recaudadores de los impuestos y poner la ciudad en actitud de defensa; hecho lo cual salió para el Cairo. Atravesando los vencedores de Italia un dilatadísimo desierto de arena movediza, bajo un cielo ardiente, sin agua, sin sombra, sin verdor, murmuraban, y apenas bastaba la confianza que tenían en su general para sufrir todo, á pesar de que aquellos trabajos eran tan inusitados para ellos. Murad-Bey había reunido á los mamelucos delante de la inmensa ciudad; pero éstos, si bien resueltos en el combate, no tenían bastante valor para resistir el fuego sostenido de aquellos veteranos, á quienes infundía valor la presencia de un general en quien confiaban. "Desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan," les dijo Bonaparte (22 de Julio de 1798), y sus soldados no desmintieron la esperanza que había fundado en ellos, no dejando á los mamelucos ya derrotados mas venganza que la de quemar lo que tenían de mas precioso. Pero á pesar de esto quedó bastante para enriquecer á los guerreros de Bonaparte, los cuales en el Cairo encontraron toda especie de comodidades y deleites, además de caballos árabes y camellos; los franceses en aquella circunstancia asistieron á las fiestas musulmanas, en que su general recitaba las oraciones mahometanas, edificando á los naturales con su devoción.

Con los sabios que había llevado consigo á aquellas regiones, bajo la presidencia de Monge, formó el instituto de Egipto, cuyo particular encargo era el de describir el país investigar sus antiguos misterios y proponer lo que conviniere á su prosperidad. El ingeniero Peyre, el general Andreossi, Lefevre y Malus, examinaron los lagos y los canales; Arnolet y Champy, los minerales de las riberas del golfo Arabigo; Delisle las plantas del Delta; Savigny los insectos del desierto; Regnault analizó el agua del Nilo; Berthollet el aire del Cairo; Costaz las arenas del desierto; Nouet y Mechain determinaron las latitudes; Denon dibujó los monumentos del alto Egipto; y fué entonces, finalmente, cuando se descubrieron la inscripción de Rosetta y los zodiacos de Denderah y Esná, fuentes mas adelante de tantas discusiones eruditas y filosóficas.

Quedaba por conquistar aun el Alto Egipto, de entablar un tratado de paz con la Puerta, que á la sazón instigada por los ingleses, declaró la guerra á Francia y se armó para reconquistar el Egipto. La acogida que se hizo en Nápoles á la escuadra de

y convierte en enemigos á pueblos que por nuestro interés debemos tener por amigos.

La primera ciudad que vamos á encontrar ha sido edificada por Alejandro: hallaremos á cada paso grandes recuerdos dignos de excitar la envidia de los franceses.

Nelson, á pesar de los tratados que mediaban, entre aquella corte y la república francesa fué un verdadero triunfo; creyóse á Bonaparte irremisiblemente perdido; y por lo tanto tomaron nuevo aliento con la esperanza de vencer los rencores inexorables de los príncipes europeos y principalmente de los de Italia.

Pero la fortuna no quiso siempre mostrarse con cara risueña al que tanto confiaba en sus favores. No habiendo podido la escuadra francesa entrar en el puerto de Alejandría, y habiéndose visto obligada á anclar en donde estaba casi encallada, fué alcanzada por Nelson, que la atacó (1.º de Agosto de 1798); Brueys pereció en el combate; el navío *Oriente* fué incendiado y la escuadra francesa completamente destruida; golpe fatal é irremediable que dejaba al ejército de Egipto sin comunicaciones, sin apoyo y sin esperanza.

#### LOS JACOBINOS EN NAPOLES Y EN EL PIAEMONTE.—SEGUNDA COALICION.

Muerta Catalina II, que por el trascurso de treinta y cuatro años estuvo dirigiendo á su antojo y como mejor le conviniera los destinos del Norte, su sucesor, Pablo Petrowich, (16 de Noviembre de 1796), quiso que las exequias de aquella czarina fuesen una especie de reparacion á las de Pedro III (1), he-

(1) Catalina de Rusia, no contenta con haber satisfecho su ambicion, sentándose bajo el regimiento de Pedro III, su consorte, cuya muerte fué de las mas crueles y alevosas, quiso tambien que sus exequias se celebrasen sin pompa ninguna, lo que indignó aun mas á todos los rusos. Con ese motivo nosotros vamos á trascribir por vía de curiosidad los funerales de Pedro III, de cuya muerte habla César Cantú en el texto, segun nos las dejó consignadas en sus páginas un autor que presencié aquel triste espectáculo.

"Es de conocer que aquel monarca no fué colocado despues de su muerte en un pomposo féretro, ni su cadáver rodeado de hachas encendidas, ni se encargaron artistas para adornar alguna capilla. Su féretro fué el mismo lugar que sirvió de teatro á algunos de sus súbditos, que llevaron su perfidia hasta el extremo; su capilla fué el mismo aposento donde sufrió una muerte de las mas atroces, y sus exequias fueron acompañadas de ultrajes. Un oficial subalterno, que hubiese merecido espirar en el suplicio mas infamante, si hubiese logrado finalmente por favor especial de su monarca ser enterrado decorosamente, no habria sido tratado, por cierto, de un modo tan abyecto como lo fué el nieto de *Pedro el Grande* y el heredero único y legítimo de la corona. Todo su atavío se reducía á un sencillo uniforme del regimiento *Holstein*, y en vez de sus condecoraciones, no se veian mas que cuatro bujías á su alrededor.

"Los extranjeros residentes en la ciudad, fueron convidados para ver al muerto monarca, ó co-

cho asesinar por ella. Así es, pues, que habiéndolo sacado de la tumba le hizo pomposos funerales, depositándolo al lado de Catalina y ordenando que asistiera á la pompa Orlof, uno de sus asesinos. El obstáculo que habían encontrado siempre sus deseos en las voluntades de una madre que no lo amaba, habían inspirado á Pablo mucho anhelo de ejercer una autoridad sin límites, lo cual le llevó á una exageracion que rayaba en estravagancia. La omision de las formalidades mas insignificantes era considerada en su época como delito y castigada severísimamente. Vedó el uso de los sombreros redondos y de los pantalones; ordenó que sobre las puertas de las tiendas no se pusiese la palabra *almacen*, porque estaba reservada para los edificios que contenian las provisiones de la casa imperial, y prohibió últimamente, la circulacion de las *Advertencias del pueblo* publicadas por Tissot, diciendo, que el pueblo no necesitaba advertencias: semejantes puerilidades provocarían tan solo á risa si no acarreasen siempre consigo el palo, el verdugo y la Siberia.

Receloso de los franceses y de todas sus producciones, dió refugio y pensiones á todos los emigrados; pero ordenó que fuesen á oír misa de dos en dos, que comulgasen por Pascua, y que los sacerdotes no los absolvieran sino en estado de gracia. Sin embargo, en vez de pensar en castigar á los que podrían ocasionarle disgustos, prefirió el uso de los premios al del castigo. Proveyó á las necesidades de la capital con respecto á los granos, y abolió el ukase que imponía el servicio militar á un hombre por cada ciento; puso en libertad á catorce mil polacos que Catalina había desterrado á las provincias asiáticas; devolvió á la órden de San Juan de Jerusalem los bienes que se le habían secuestrado, y reformó el ejército, quitando un crecido número de abusos, entre los cuales no era el menor el que cometían muchísimos oficiales de ocupar sus soldados en el servicio doméstico.

mo decían todos, á sus traidores y asesinos. Despues de habérsele dejado de cuerpo presente por algunos dias en una situacion tan infame, y haber servido de testimonio al mundo entero de la *barbarie rusa*, cuatro criados de la corte, á la presencia de un reducido número de señores del imperio, lo trasladaron al régio sepulcro y lo colocaron entre la princesa Ana y la pequeña princesa su hija.

"Tal vez en los países extranjeros no se dará crédito á semejante hecho, porque parece imposible que en Rusia se cometan acciones tan infames."

*Histoire et anecdotes de la vie, du regne, du ditronement etc., de la mort de Pierre III, dernier empereur de toutes les Russies, etc., etc., etc. Ecrites en forme de lettres, publiées par Mr. de la Marche. A Londres, Aux dépens de la Compagnie. MDCCCLXVI.*

[Nota del traductor.]

Catalina había contraído la obligacion de dar á Austria sesenta y cinco mil hombres; pero existiendo tratados pendientes entre aquella potencia y Francia, Pablo quiso mantenerse á la expectativa, hasta que últimamente las cortes de Lóndres y Viena se manejaran de modo que le hicieran reunir á la neutralidad. Declarado protector de la órden de Malta creyó poder llegar á ser jefe de la amenazada aristocracia europea; tomó á sueldo el cuerpo de emigrados de Condé y concibió el plan de restablecer en Europa el antiguo órden de cosas. Pero el imperio germánico estaba sacudido hasta en sus cimientos, y si los despojados anhelaban la guerra los demas se amedrentaban de ella, porque conocían que no podían fiarse del Austria. Esta deseaba sobre manera renovar el combate y depositaba todas sus esperanzas en los tratados que se estaban celebrando en Rastadt; mientras por otra parte no dejaba de sondear las disposiciones de las demas potencias. En esta circunstancia Berlin llegó á ser el centro de las intrigas. La Prusia sin embargo, obraba con mucha circunspeccion, porque temía que el contagio revolucionario se dilatase desde Holanda y Francia hasta sus estados.

En los países conquistados los franceses habían prodigado mas promesas que hechos generosos; así que el gobernar aquellos países era tarea muy escabrosa despues de haber proclamado las ideas de libertad y de igualdad que la masa del pueblo había tomado en el sentido mas amplio y material. En la península itálica el desórden era incalculable, pues que muchísimos se creían con derecho para mandar y ninguno se creía en la obligacion de obedecer. Los pueblos se manifestaban muy descontentos de sus gobiernos municipales, y éstos lo estaban de los ejércitos y de los embajadores franceses. Los monarcas modelándose con las repúblicas, que cometían robos á cada paso, levantaban empréstitos forzosos, mientras por otra parte los republicanos ponían todos los medios que estaban á su alcance para conmover los países que yacían todavía en estado de servidumbre.

En la Cisalpina había sucedido á Berthier en el mando militar el general Brune, y el ejército secundaba las exageraciones de los jacobinos que predominaban en los consejos y en las legiones lombardas mandadas por Lahoz.

Los oficiales trataban brutalmente, y como suele decirse, á baqueta, á los pueblos de los países italianos que creían haber conquistado, vejándolos é imponiéndoles contribuciones sin alegar motivo alguno. Estipulábase condiciones muy escandalosas en los contratos que se hacían con los comisarios de guerra: la sociedad de los contratistas de provisiones retribuía con el cuatro por ciento al estado mayor; y en las listas militares aparecía doble número de soldados existentes: todo lo cual gravitaba sobre el pueblo.